

neille, su pariente, para un esbozo cualquiera de tragedia. Las frases corneillescas le salían al paso como si las llevara en la yema de sus labios y las trasmitiese al filo de su pluma. «El crimen deshonra, no el cadalso». Exclamaba. La calumnia inventó miles de patrañas en explicación de aquel acto inexplicable: que la movió el influjo de Barbaroux, con quien ni una palabra mínima cruzó nunca respecto de su oculto plan; que vengaba la muerte de un joven realista, por ella desde su niñez preferido, y asesinado por los revolucionarios; que, deseando salvar á su deudo Birón, general sujeto á juicio por una orden de la Convención, había tristemente apelado al extremo recurso de un asesinato; por lo menos, que pertenecía en alma y cuerpo á los girondinos, quienes le trazaron feroces consignas, semajantes á las dadas por el implacable Israel á sus heroínas como Débora y como Judith. Pero la verdad trascendió bien pronto á la pública opinión. Todo el mundo llegó á saber que aquella inexperta joven sólo había recurrido al consejo de su inspiración y al esfuerzo de su brazo. Todo el mundo llegó á saber que nadie recibió la peligrosa confianza de sus planes. Sola se despidió de sus lares; sola se resolvió al viaje; sola estuvo en el camino; sola llegó á París; sola compró el puñal; sola ganó el cuarto de Marat; sola inmoló al tirano; sola debía, pues, recibir la gloria y el castigo. Este silencio, con que aquel afluente labio sellara su plan, le dió un aspecto extraño y misterioso: parecía una efigie; un simulacro, verdadero símbolo; todo él hermosura y gracia; mas, todo él incomprendible. Y eso que no descuidaba ninguna estética minuciosidad en el arreglo de su traje y en el aspecto y actitud de su persona. Escogió el vestido blanco al presentarse ante sus jueces, vestido de catecúmena y de martir. Encargó para morir una gorra nueva normanda, que le costó treinta y seis francos. No descuidó ni un rizo de sus cabellos, ni un pliegue de sus vestiduras. Y, al presentarse ante su tribunal y su público, todo el mundo quedó prendado de su persona, experimentando el escalofrío trágico experimentado por el público heleno en las grandes obras del antiguo teatro griego. Erguida sin arrogancia, modesta sin humillación, serena sin fanfarronería; la estatura estatuaría, la color sonrosada, claros los ojos, penetrante la mirada, parecía recordar las Euménides buenas del Edipo y del Orestes, ó venir, como esas diosas infernales, santas del paganismo antiguo, arribadas del otro mundo á éste para personificar y representar la justicia. Pero, con ser tan bella de figura, se aparecía más bella aún por su palabra, Quien una vez la oyera nunca la olvidara. En sus acentos se mezclaban á las graves cadencias de una suprema contralto los vagidos de una triple virgen. Subrayaba las frases dichas en aquel momento por natural amargor, no transcendente á desesperación, fascinaba con fascinaciones indecibles. Los rasgos de su fisonomía se han fijado en un lienzo; las notas y escalas de su voz no han podido fijarse jamás en parte alguna. La Némesis aquella tronaba con palabras fulminantes de justicia y llovía lágrimas de misericordia. Tal fascinación ejerció con su figura y con su palabra sobre todos los circunstantes en el proceso, que se creyeron fuera

del mundo, y tomaran á Carlota por una divinidad llegada del otro mundo más justo que nuestro inicuo mundo para ser juez de los jueces. Los jurados exclamaron entre sí á solas: «nosotros no componemos un tribunal desde la hora y punto en que nos llama ella con el imperio de su figura y de su voz á otro supremo tribunal y á otro definitivo juicio».

Las respuestas por ella dadas, muestran una entereza de corazón, una diafanidad de inteligencia, una perseverancia en el carácter, una profundidad de complexión y de temperamento que nunca obtendrán todos los homenajes reclamados por su virtud y por su mérito á la Historia. En vano el *Monitor* y demás periódicos oficiales de la época; en vano los intereses más caros del partido más dominante han querido desfigurar aquellas frases en estilo lapidario esculpidas, oscureciéndolas con mal intencionados comentarios: la verdad rompe los celajes engañosos de las supersticiones y se entrega en debido comunismo á todas las edades y á todas las generaciones. En su afán de hallarle cómplices preguntábanle jueces y fiscales quien le sugiriera tal odio á una persona, y ella respondía que para proceder como procediera, no había menester el odio de los demás, le sobraba con el propio. Otros observaban cómo tales proyectos no surgen dentro de un solo sér; no aparecen jamás como actos individuales; por interesantes á la colectividad, el interés colectivo los promueve y al interés colectivo aprovechan. Fácil respuesta una observación como aquella tenía, dada la complexión de Carlota; y así respondió que para mejor desempeñar su cometido y realizar su obra no apelaría, ni podía de modo alguno apelar, á ninguna sugestión y á ninguna clase de consejo. «¿Qué odiabais en él?» preguntaron. «Sus crímenes», contestó. «Y ¿qué entendéis por sus crímenes?» «Los destrozos de Francia». «¿Qué os proponíais con el asesinato?» «Devolver á mi país la paz». «¿Creéis haber acabado con todos los Marats acabando con uno solamente?» «Los demás tendrán miedo, y se abstendrán de imitar sus crímenes». «¿Desde qué día concebisteis el plan de vuestro atentado?» «¿Desde el dos de Junio». «¿Qué podéis responder á tantas pruebas como ahora os abruman?» «Respondo que maté al tirano; lo demás sin cuidado me tiene». Y sin embargo de tanta entereza, la cual hacía de su persona una grande abstracción ideal, ni un punto desmintió, no ya su naturaleza humana, su débil y tierno sexo. Ante las amenazas aquella mujer sabía erguirse como una serpiente ofendida y pisada, pero ante las ternuras y las ternuras en lágrimas se deshacían sus ojos, en lamentos su pecho. Así que se presentó la mujer de Marat, su verdadera víctima, Carlota se conturbó con una conturbación interior y exterior tan profunda como sincera. En cuanto hiriesen sus oídos los primeros sollozos de la viuda, huyó al efecto siniestro que le producían, declarando toda la verdad del hecho y diciendo á gritos: «no más averiguaciones; yo mate á ese hombre con premeditación y obediencia á un mandato imperioso de la propia razón y á un fallo del propio juicio». Ante la vista del cuchillo presentado á su reconocimiento se inmutó también. Parecía imposible haber tenido fuerza para esgrimir tal arma homicida y clavarla en el cora-

zón de un mortal. Caída de la intensidad nerviosa, cuyas magnéticas corrientes, análogas con unas alas angélicas, la sostuvieron tanto tiempo en el cielo de lo ideal, pareciale imposible haberse propuesto en su debilidad y en su ternura tanto crimen. El acusador Tinville extremó sus acusaciones. Acostumbrado el infame á ver manchas en la virtud, cuántas y cuán espesas no vería en el crimen. Así holgóse mucho con estudiar el atentado y lo atribuyó á una mano avezada de antiguo y de suyo á estos golpes. El que hiriese de arriba abajo y acertara con tanta exactitud el sitio de nuestro cuerpo reservado al corazón dióle indicios formales de que se las había el Tribunal revolucionario, no con una pobre muchacha, con un redomado criminal. «Me toma por él, exclama Carlota entre carcajadas sarcásticas. Me cree un redomado asesino». Y las risas propias de una convulsión, más terribles que los quejidos y sollozos, cortaban á cada minuto su inspiradísima palabra.

Tras tamaña protesta no hubo medio de continuar aquellos debates judiciales. El público entero se había puesto ya contra el acusador y los jueces, mostrando con expresivos rumores cómo lo habían encadenado la elocuencia y la figura de Carlota. Una media hora duró el acto, pues nadie resistía en aquel concurso viciado por el terror un espectáculo como la virtud hecha crimen y el crimen hecho virtud. Así, la emoción universal, salida de madre, arrastró en sus corrientes á hombres sin entrañas como el magistrado Montané, quien llegó á cambiar las fórmulas jurídicas de sus interrogaciones para salvarla, costándole tal valerosa estratagema correr muchos peligros de muerte y sufrir varios días de arresto. El defensor, aunque de oficio, lo que aquí llamamos un abogado de pobre, echó todo su cuerpo al agua, como si fuera un abogado elegido, y llegó en su exaltación hasta llamar sublimes al esfuerzo mostrado por la reo en aquella perpetración de su crimen, y sublime al estoico reposo con que aguardaba la infeliz su muerte próxima. Los jurados, cada vez más enternecidos, profundamente contagiados por la universal compasión, trataron de que la defendiera su abogado por loca y diera esta excusa, que trae aparejada la irresponsabilidad, al feroz delito. Carlota, considerando su acto reflexivo y consciente, debido á su propia conciencia y á su propio albedrío, no quiso pasar por aquel embuste, defendiendo hallarse por completo en la plenitud de sus facultades y en la posesión de su soberana voluntad. El abogado asintió á los deseos de la infeliz, y se abstuvo con cuidado de aducir el pretexto de la demencia. Concluido el proceso, la pobre víctima le dió las gracias por su gran celo con toda efusión, y le rogó pagase por ella varias mínimas deudas que dejaba contraídas en la cárcel, recordando la imposibilidad de pagarlas, por haberle secuestrado la justicia sus modestos bienes y hasta los objetos más sencillos y vulgares de su pertenencia. El abogado accedió gustoso á esta demanda, y Carlota bajó del tribunal á la cárcel por una escalera interior en forma de caracol y muy oscura. Ya en la cárcel, se dispuso á cambiar vida por muerte, como si cambiase de casa. Su primer cuidado consistió en pedir perdón á sus carceleros por las penas que les había inferido y los desvelos que les

había dado. Cumplida esta obligación, se recluyó dentro de sí misma, y se apercibió á morir en la paz y en la libertad y en la filosofía, como hubiera podido entre las mujeres antiguas morir Porcia ó Lucrecia y entre los hombres Catón y Bruto. Su resolución de morir al modo antiguo, tomando por ideal aquellos héroes de Plutarco en *Las Vidas Paralelas*, con quienes toda su juventud conversara, tenía tal arraigo en el ánimo suyo, que habiéndosele presentado un ortodoxo confesor, le despidió con dulzura, diciendo cómo no lo necesitaba en cosa ninguna, y no quería sus auxilios para ningún efecto, pasando sola del tiempo á la Eternidad, como sola pasara también de la virtud al asesinato; sacrificio del cual sólo á Dios debía estrecha cuenta, y sólo de Dios aguardaba el merecido perdón, para el cual no había menester género alguno de intercesiones y menos de intermediarios. A tal extremo llevó su entereza. Pero luego, reconociendo haber estado con el confesor demasiado severa, endulzó la voz, bajó el tono, inclinó la cabeza, y dijo: «Gracias por vuestro cuidado, y dadlas también á los que piadosos y creyentes os han expedido hasta el hondo calabozo en socorro de la miseria y de la desgracia».

Fuera tanta y tan grande la posesión de sí misma, que no perdía en aquella larga calle de amargura la más baladí minucia. Durante la vista de su pleito con el verdugo, notó que un mozo, cuyo aire artístico lo delataba de pintor, con sumo recato, pero con celo é interés la retrataba. Gustóle mucho en el momento de su muerte pasar á la inmortalidad. Y volviendo el rostro hacia el retratista, se mantuvo erguida cual un modelo perfectísimo, desatendiendo cuanto la rodeaba y atendiendo al retrato, en quien veía una prolongación ideal de su persona y de su vida tras la impersonalidad que se le acercaba con la muerte. Cuando se concluyó la vista de su causa y los jueces le dieron varios minutos de respiro, aprovechólos para procurar al retratista la prolongación de su retrato. En este acto de su vida mostró una femenil y pequeña vanidad Carlota, nada compatible con la sabida soberbia varonil de todos sus pensamientos y de todos sus actos. Mas os equivocaráis siempre que requiráis la perfección absoluta de este bajo mundo. Pusiera el cielo tantas maravillas en aquel breve cuerpo de mujer y tantas profundidades en su alma que debía Carlota quererse á sí misma en reconcentrado cariño después de haber cautivado á los demás. Cuando las mujeres más feas se imaginan hermosas al mirarse solícitas en el espejo de su amor propio, ¿cómo no se hallaría Carlota Corday á sí misma, dado el esplendor de su hermosura, casta y purísima, no propensa jamás á la sensualidad y al vicio? El pintor, aunque pertenecía de suyo á los rojos, corifeo en el club franciscano, comandante de un batallón en la Guardia Nacional, se prendó del genio centelleante de suyo en la mártir de los girondinos. Bien es verdad que Carlota, sensible al homenaje después de haber tropezado con tantas brutalidades, ostentó las públicas gracias de su cuerpo y las ocultas gracias de su alma. Nadie diría que estaban unciendo la carreta destinada poco después á conducirla entre ignominias al cadalso, y clavando el tablaje de su ataúd, en

que debían encerrar sus restos. Con el artista y el modelo no hubo en este momento ningún otro ser más que un gendarme puesto allí por el alcaide para seguridad de la prisionera. Ésta no pensó en escaparse; pensaba tan sólo en esta reproducción de su figura por el artista que remitía sus gracias á la posteridad. Así, muy agradecida por el homenaje, siguió al retratista con olvido de cuanto por ella y por los suyos pasaba, pidiendo sólo hicieran de la obra una breve miniatura y la remitiesen á su padre.

Hora y media duró la entrevista entre pintor y modelo para concluir el retrato. Cuando más absorta parecía la retratada contemplando su fiel trasunto, llaman á la puerta. Y del modo más natural, como si aguardase únicamente visitas usuales y ordinarias, da Carlota la orden y licencia para que penetrara en el calabozo quien al calabozo llamaba. No había dicho Carlota, ó apenas había dicho, «entrad», apareció el verdugo. «¡Yal!» dijo la reo con extrañeza y sin contrariedad. El ejecutor de la sentencia llevaba sobre su brazo el manto rojo en que debía envolver á la mártir y entre las manos unas formidables tijeras, á cuyo filo debía caer su luminosa cabellera, semejante á un sagrado nimbo. Imposible ver sin profunda emoción todos aquellos arreos de la muerte. Al más valeroso asusta el tránsito de este mundo al otro y el más sereno de vista interior ciega sin remedio al impenetrable misterio de la muerte. No fuera mortal Carlota, si mirara el morir con estúpida indiferencia. Sintió á la vista del verdugo un sacudimiento y sacudimiento profundo, descompuestos sus nervios al instinto de vivir amenazado por el abismo de la eternidad bostezando á sus plantas. Pero todo cuanto de profunda tuviera la emoción, tuvo de fugaz. La conciencia, como en todos los trances de aquella heroica vida, dominó, durante todo este último trance á la voluntad, y la voluntad á los nervios. Ante la primer aparición del verdugo, Carlota quiso retroceder sin saber á donde, como si huyera de sí misma, pero á un mandato interior rehecha y repuesta, vió cuanto de fatal había en todo aquello que le pasaba, y se conformó con la fatalidad, sin jactancias, pero sin protestas. Mas no pudo resistirse á la tentación de hurtar al verdugo una parte del despojo que requería, y to mándole con resolución sus tijeras de las manos, cortóse un precioso rizo de la cabellera, y se lo entregó al retratista en pago y recompensa de su retrato. Todos los testimonios del tiempo inciden á una en que no podía darse una cabeza más armónica que la cabeza de Carlota, ni podía encontrarse un cabello más luminoso que aquel cabello rubio tirando á castaño, en cuyos hilos se mezclaban con muy artísticas proporciones la luz y las sombras. Consumado todo, Carlota descendió con presteza, no separada de la solemnidad, hasta el portón en que le aguardaba para llevarla seguidamente al cadalso la carreta. Muy conmovida interiormente ocultaba sin esfuerzo alguno la emoción y andaba erguida y en calma como si no fuese aquel su paso último por las vías de su vida. Pero si ella pudo esconder y dominar su emoción interior, no consiguieron logro igual verdugo y gendarmes, quienes á duras penas podían retener sus lágrimas, aunque amenazados por

esta compasión, como si el dolor por las desgracias ajenas fuese una complicidad, amenazados, decía, de persecución y de muerte. El público innumerable se atropellaba por acercarse á la reo y conocerla personalmente. Cuando no la veía, un rumor de reprobación se levantaba en todas partes; pero, así que la veía, reemplazaba súbitamente tal rumor adverso por un favorable rumor de admiración y de culto sin límites. Aquella estatura escultórica; el aire suyo, recogido y majestuoso al mismo tiempo; la frente sin un reflejo de dolor, magüer llevar sobre sí toda la pesadumbre de una tempestad infinita; el color de la piel que mezclaba tonos de nieve con tonos de rosa; la nariz, que dirían copiada de los clásicos simulacros helenos; los labios carnosos, y, aunque carnosos, finos; la barba con sus encantadores hoyuelos; el resplandor celeste de la serena vista; su gracia total y su armónica hermosura se aumentaban al balanceo de la carreta y al reflejo de su emoción en las mejillas y á las reverberaciones del traje rojo, aumentada por el relampagueo de una eléctrica nube, la cual consentía paso por sus aglomerados vapores á un rayo de sol poniente, que posándose sobre la víctima, le daba el aspecto de una mártir cristiana en el momento de dirigirse al Circo para recibir y aceptar su martirio. Ninguno de los que la vieron la olvidaron; y cantáronla el poeta de Francia, Chenier, y Klopstoff, el poeta de Alemania.

Mientras pasó al Puente Nuevo desde la Conserjería una tremenda tempestad la siguió y acompañó; pero desde el Puente Nuevo hasta la plaza de Luis XV brilló el crepúsculo de la tarde, sonrió plácido el cielo, un rayo de sol poniente coronó la víctima, que parecía transfigurada por una gran purificación al resplandor de un anochecer sereno, aumentando los vivos colores del manto rojo, parecido á una vestimenta imperial que le hubiesen ajustado al cuerpo cuando victoriosa penetraba en el cielo. Los testigos de vista dicen que parecían sobrenaturales sus ojos claros y serenos, sus párpados larguísimo, su lánguido mirar, su perfecta hermosura realizada por la túnica roja del vestido y por los rojos arreboles del ocaso. Cuentan que los principales corifeos de la revolución se apostaron ocultos en el tránsito y la vieron á hurtadillas, quedando asombradísimo al ver que formas tan perfectas de mujer habían tomado una pasión de suyo tan inferior como la venganza. Pero Carlota no se creyó nunca la venganza; Carlota se creyó siempre la justicia. Todos cuantos vivían de la observación y del estudio intentaron observarla y estudiarla. El poeta quería ver su inspiración, el médico su temperamento, el filósofo su carácter, el jurisconsulto sus propensiones, el político su valor, el revolucionario aquellas tendencias al combate y al suicidio con cuyo empleo eclipsara los más renombrados héroes de Plutarco. Y todos se maravillaron del modo suyo de marchar al patíbulo, allí donde se registraban á centenares muertes de un carácter inmortal. La mayor parte de los reos políticos iban acompañados hasta el patíbulo, y á su tablado llegaban después de un verdadero combate que acerca la voluntad, remonta los nervios, prepara y apercibe los mártires al martirio. Así, los giron-